LA ROMERÍA DE SAN MARCIAL

Beatus ille qui procul negotiis

En mi vida he pasado días más tranquilos y más felices.

Y fué que cansado de ciertos quehacercillos públicos delos que suele uno sacar muchas veces los piés fríos, la cabeza caliente y el corazón con buena dosis de algo que en nada se parece á la dulzura, decidí ¡qué diantre!, echarlo todo á doce y darme una temporada de vida idílica, patriarcal, que contrastara con la agitación pasada.

Y dicho y hecho: un día, de madrugada, me calcé unas alpargatas blancas como la nieve del Zaraya, colgué de un grueso bastón de monte un pequeño lío de ropa que me habían preparado, y apoyando aquel en el hombro, á uso de las gentes de mi país, aprovechándome de la soledad de mi calle, la atravesé con cierto airecillo de voluntario carlista y emprendí la subida del monte, por el que serpeaba el sendero que conducía al término de mi viaje el cual no era otro sino un antiguo caserío que me legaron mis padres, apartado de los mortales como suelen estar los nidos del cuclillo anunciador de las alegrías primaverales.

Excuso decirte, amigo lector, que en cuanto me encontré en el campo no me acordé más de los malos ratos pasados que Napoleón de su antigua oscuridad y pobreza el día de Austerlitz. Caminaba sintiendo en mi pecho palpitaciones de gozo, más ligero que un pájaro. ¡Qué mañana aquella más hermosa! Era en mayo, el mes de las flores y de la alegría. Iba yo, ¡aufa!,[1] por mi vereda entre castañales, oyendo el canto de los pájaros que revoloteaban entre el ramaje, respirando ese aire vivificador de la madrugada exento de toda impureza, y conforme iba encontrando señales de que estaba próximo el término de mi viajata, más apretaba el paso y sentía mayor contento. Con tan buenos ánimos subí la cuesta, que á la hora próximamente de haber dejado mi casa, desembocaba en la pradera en cuyo fondo se esconde el caserío de Zupide, el cual entonces apenas se dejaba ver, medio cubierto por el follaje de los corpulentos robles que allí extienden sus copas y llenan aquel apartado sitio de sombras y de frescor. Lo primero que hice, antes de presentarme en la casa, fue sentarme al pie de uno de aquellos árboles, y despues de enjugarme el sudor que á pesar del fresco de la mañana me bañaba la frente, fumar un cigarrillo contemplando la rica vegetación de aquellos lugares con la satisfacción de quien há tiempo no ha respirado con más delicia. Pero en esto llegaron adonde yo estaba á darme la bienvenida Antón, el inquilino de Zupide, y Franchiska Iñasi, su mujer, viejos ya los dos y muy amables ambos, y con mucha insistencia me invitaban á que pasara adentro, que ya me tenían preparado un cuartito bastante bien arreglado, y procurarían por todos los medios posibles que la estancia en el *baserri* me fuera agradable. Traían de la mano á dos nietecitos suyos muy rollizos y muy guapos. *Ugasaba Jauna, nekatuta egongo da* (Señor amo, estará usted cansado), déciame la buena de Franchiska Iñasi dándome unas cariñosas palmadas en la espalda que no hubiera yo cambiado por cien sonrisas palaciegas. A todo esto Pinto, el *atari-chakur* del caserío, ladraba como un condenado, forcejeando desesperadamente por librarse de la cadena que le tenía sujeto en el gran portalón de la casa, y todas las amenazas de Antón, ni todas las palabras de cariño que desde donde estábamos le dirigía yo como antiguo amigo suyo, no fueron parte para que dejara de ladrar y gruñir. Entramos en la casa. Me condujeron á mi cuarto, que no por ser pobre dejaba de estar blanco como

(1) ¡aufa! Exclamación de alegría entre los euskaldunas.

la nieve ni carecía de lo más necesario, y después de repetirme el matrimonio que dijera con franqueza todo cuanto se me ocurriese, y de apretarnos de nuevo las manos con efusión, ellos con sus pequeñuelos se fueron escalera abajo, y yo me eché de pechos á la ventana á respirar con una especie de embriaguéz aquella atmósfera de caserío, buena para los débiles del cuerpo y buena para los tristes del alma.

¿Cómo contarte al detalle, amigo lector, los excelentes días que allí pasé, suelto como una alondra, volando de continuo del caserío á la cúspide, de la cúspide al llano, del llano al sitio aquel escondido donde había anidado una abubilla, de aquí á la heredad en cuesta donde araban lentamente, pero con paso firme y segurísimo, los poderosos bueyes de Pedro José, el casero de Idurio, con quien hablaba á menudo? ¡Cuántas veces me sorprendió la noche por aquellos andurriales, y cantando alguna de esas canciones que brotan de los labios en los momentos de verdadera paz y alegría, eché á andar maquinalmente hacia la casa, donde me esperaban con la sonrisa siempre en los labios Antón y Franchiska Iñasi, José Andrés y Mañuela! «¿Por dónde ha andado V.?», me decían con el mayor cariño; «se conoce que le va gustando nuestra vida del campo». Y juntos entrábamos en la casa, y juntos cenábamos, y juntos rezábamos el Rosario, el cual solía ser interrumpido muchas veces por órdenes como esta, que daba el viejo: «José Andrés, vé á ver qué tiene la vaca.» «Sal á la puerta, Austiñ, á ver quién viene, que Pinto ladra mucho.»

Era feliz. Además de todo, aquel antiguo caserío encerraba recuerdos de familia que daban particular encanto á la tranquila estancia. Yo no podía olvidar un momento que allí, *in illo témpore,* pasaban el verano mis tatarabuelos; de lo que dan indicio algunas señales de antigua importancia que ostenta la casa, entre ellas, los restos de lo que un tiempo fué capilla. ¡Oh témpora! Aquella humilde choza encerraba sin duda alguna para mis abuelos todo el boato, toda la caprichosa elegancia, todo el *chic* de Dieppe, Trouville y Biarritz juntos.

Un día, después de comer con muy buena gana la sencilla pero apetitosa comida cuyo final obligado era la sustanciosa leche con maíz; después que hablé cuanto se puede hablar con la buena de Franchiska Iñasi mientras Antón y el matrimonio joven descansaban un poco para volver de nuevo al interrumpido trabajo, viendo que por excepción no me tentaba el sueño, salí sin rumbo fijo del caserío, y como piedra

que se suelta en la pendiente, me dejé caer por entre aquellas magníficas arboledas, abandonado á mil vagos pensamientos, como hoja seca y caída que vá adonde la lleva el viento. El calor de la hora de la siesta no convidaba á andar; así es que, aprovechando la caritativa sombra de uno de aquellos viejos robles, sin cumplidos de ningún género, puesto que solo Dios me veía allí, me tendí cuan largo era sobre la hierba menuda y fresca sembrada de helechos. Crucé las manos debajo de la cabeza para que le sirvieran de almohada, y contemplando el hermoso Cielo que á trechos brillaba entre el ramaje, hice lo que todo mortal en idénticas circunstancias: ponerme á pensar en las Batuecas. Poco recuerdo de lo que por allí vi entonces (tan distraído estaba); pero creo que me hallaba en una fuerte hendidura del terreno, en cuyo fondo se sentía algo así como débil rumor de agua. Una malviz me recreaba los oídos desde cierta distancia con primores de su repertorio; y era el único volátil que tuviera á aquellas ardorosas horas ganas de *hacer músi ca.* En cambio los grillos redoblaban con brío, y las cigarras, las eternas perezosas, riéndose de las pullitas de La Fontaine é Iriarte, ensordecían los oídos con ese monótono canto suyo que tan bien se armoniza con la quietud del campo y los ardores del sol.....

¿En qué pensaba yo entonces... ? No puedo decirlo con fijeza. Mil imágenes, mil ideas revoloteaban en mi cerebro, como mariposillas pintadas y volubles que apenas tocan en cada flor. Sentía el bienestar de quien se encuentra en el campo, y en el campo de esta nuestra *Euskal-erria,* solo y sin más compañía que su imaginación, y esta por mas señas á punto de dormirse por efecto de la hora, el calor y el silencio. Ya casi estaba en los brazos de quien á diario nos toma en ellos, cuando me pareció sentir el tañido de una campana próxima, pequeña y débil como de ermita. Serían sueños tal vez, sería el aire ó travesura de muchacho; pero es lo cierto que yo la oí. Me incorporé un poco; miré á todas partes para mejor hacerme cargo del sitio en que me hallaba, y no tardé mucho en comprender la causa de mi extrañeza, pues gracias á un claro que dejaban los árboles que tenía al frente, dirigiendo la vista con cuidado por entre las hojas, distinguí como á poco menos de un tiro de piedra de donde yo estaba, parte del tejado de una ermita, y en él su espadaña y su campana, que era sin duda alguna la que momentos antes había vibrado tan suavemente. Entonces caí en la cuenta de que me encontraba á dos pasos de nuestra ermita de San Marcial, la ermita venerada de los vergareses, en cuyo derredor

se celebra todos los años el último día de Junio una de las más clásicas y animadas romerías de esta comarca, una de esas fiestas con la que sueñan medio año lo menos mis paisanos, especialmente si se encuentran en la risueña edad en que se cuentan por abriles los años. Entonces me vinieron á las mientes las muchas veces que había asistido á ella cuando niño, cuando era ya mayor, y á pesar de la soledad de la ermita, me parecía oir dentro de ella el murmullo de las oraciones, semejante al zumbar de agitada colmena, los pequeños chasquidos que produce el chisporroteo de las velas colocadas ante el altar, y oía el sonido alegre del *tun-tun* que retozaba allí, convirtiendo aquel agreste y fresco sitio en alborotado campo de baile. Y las ideas que despertaba en mí la vista de aquella pobre iglesita y de aquel bosque solitario fueron tomando cuerpo, como esas olas azules que se agrandan á medida que avanzan, y sentí que mi corazón se henchía con recuerdos tristes y alegres, encontrando en la tristeza aquella cierto consuelo, y en aquella alegría cierta tristeza amarga: la pena de ver que el tiempo pasa y no vuelven los años; el dolor de ver lo bien afilada que tiene la muerte su guadaña cruel. Porque en aquel momento recordé con lágrimas en los ojos á mis padres, que allá abajo descansan en el cementerio; recordé á parientes, á amigos del alma en cuya compañía se deslizaron aquellos venturosos y nunca bastante recordados días de la infancia. Reflexioné sobre los cambios que traen consigo los tiempos: pensé con cierto desconsuelo en lo que fué y es hoy día nuestro país; y me parecía ver allí vueltos á la vida y á la juventud á muchos que ya han muerto, bailando en medio de la general algazara al toque del tamboril.

Agobiado por tan desordenado cúmulo de ideas, profundamente conmovido, apoyé de nuevo la cabeza en el césped, cerré los ojos llorosos, y á pesar de que contrarios sentimientos agitaban mi alma, poco tardé en dormirme.

¿Pero quién puede cortar las alas á la imaginación...? Esta campó por su respeto. Se trasladó rápida como paloma viajera, á los tiempos de nuestros padres, y allí abatió su vuelo, y en aquellos campos, para mí más verdes y más frescos que los que ahora veo, se posó. Parecióme entonces, por uno de esos retrocesos del tiempo tan comunes en los sueños, que me hallaba poco más ó ménos en la mitad de esta centuria, y que con gran júbilo de todos era llegado un día de San Marcial. Yo lo vi clarear. Ví apagarse poco á poco la luz de las estrellas que alegraron la noche que le precedió, serena y hermosa. Los paja-

rillos, en las obscura selvas, comenzaron á agitarse y á saludar con su canto al nuevo día. Los prados y los montes, conforme iba el alma con mano lenta y suave recogiendo el triste manto de la noche, se mostraban en toda su risueña hermosura, bañadas en rocío sus hierbecillas y sus flores. Oía el murmullo de los arroyos, sentía el bullir de las fuentes, escondidas como violetas allá en lo más sombrío. El céfiro suspiraba entre las hojas, que se extremecían ligeramente á su paso. Harto ya de sueño, mugía el ganado en los caseríos, los cuales daban señales de vida, abriéndose rechinantes sus puertas, cerradas durante la noche más por abrigo que por temor á humana codicia. El eco repetía los sonoros ladridos de los perros; y allá lejos sonaban, acompañados de largos *lekayos,* la dulzaina y tambor pastoriles, anunciando fiesta.. .. .

Sonó lento y grave el toque del alba en las dos parroquias del pueblo, y no mucho después abríanse de par en par las grandes puertas de una de ellas, la de Santa Marina, para dar paso á una procesión de rogativa que salía lentamente y con la mayor devoción, cantando la Letanía de los Santos. Abre la marcha la Cruz parroquial y la siguen media docena de sacerdotes con sobrepelliz. Van inmediatamente los mayordomos, llamados comunmente *Reyes;* cuatro hombres y cuatro mujeres. Estas llevan vestido negro con manto que les cubre la cabeza y se sujeta en la cintura. Los varones ostentan con cierta satisfacción, que claramente se pinta en sus semblantes, el característico traje de los Reyes: casaca con chaleco blanco y calzón corto, en los piés elegante zapato con pulcra hebilla, y el ceremonioso tricornio en la cabeza, sirviendo de complemento á tan pintoresca y tradicional indumenta un grueso bastón de mando con puño de plata. Llevan además en el hojal, como señal de que es fiesta alegre y campestre la que empieza, un clavel amarillo, rizado y oloroso como todos los de su clase. Detrás de los Reyes van rezando muchas mujeres y no pocos hombres. Tampoco faltan jóvenes de ambos sexos, llevando los muchachos en la mano flores recogidas con el mayor cuidado aquella madrugada.

A esta pintoresca y devota procesión la veo subir por la misma vereda que me condujo á mi retiro, y como á mí los pajarillos la saludan durante todo el camino con sus alegres trinos. Cuando la comitiva se encuentra con algun casero ó casera de por allí, aquel se descubre respetuosamente, é incorporándose á los demás, siguen su viaje.

Al descubrirse la ermita, que esconden casi del todo soberbios castaños en flor, comienza de nuevo el solemne canto de la letanía, al

que se une el precipitado y alegre voltear de aquella campanita que ya conocemos, y penetra la procesión en la iglesia, pequeña para todo aquel tropel de gente. Los ocho mayordomos ocupan sus asientos; á la derecha los varones, las mujeres á la izquierda; y previo un ligero descanso, da principio la misa llamada de rogativa, cantada y solemne. Al ofertorio los *Reyes* y *Reinas* besan la estola que el celebrante les presenta.

Termina la función matinal, y los devotos se desparraman por aquella arboleda; organízanse almuerzos, empieza el mosto á entrar en funciones, y todo es alegría y bienestar. El tamboril de la villa, que más tarde ha de hacer las delicias de los bailarines, no está todavía allí: es temprano para su señoría; pero hacen sus veces como mejor pueden, un *chistu* y un tamboril de caserío que desde luego se han colocado en la pequeña explanada situada junto á la ermita, invitando á la gente alegre á lucir la agilidad de sus piés y la gracia de sus movimientos. Varias parejas, ligeras y sonrientes, salen á plaza, y con mucha soltura bailan un fandango y un *ariñ-ariñ* capaces de resucitar á un muerto. La gente madura, terminado ya su almuerzo, fuma, charla y ríe, cómodamente sentada en la yerba. Los chicos, siempre traviesos, corren de aquí para allá, suben á los árboles como gatos, arrancan por sorpresa de manos de las sencillas muchachas caseras claveles encendidos como sus mejillas, y luego huyen que no los alcanza el viento. Todo se hace como en familia á aquellas tempranas horas. Se conocen todos. Ya varias rosquilleras vestidas de negro han establecido sus puestos á la orilla de la plazoleta donde se baila, y allí están las pobrecillas esperando á que los golosos vengan á comprarles dos cuartos ó cuatro de sus clásicas y blanquísimas rosquillas, de sus finos bizcochos de Mendaro, todos ellos compitiendo en blancura con el pañuelo que llevan atado á la cabeza sus vendedoras. También las *poncheras* empiezan á llegar, é instalan junto á aquellas sus mesitas, donde colocan agua fresca y azucarillos en abundancia. ¡Qué frescura, qué alegría, qué amable paz se respira á aquellas horas en la arboleda! Ya pronto el sol brillará entre las hojas de los castaños; ya pronto vendrá el astro del día á vestir de oro aquellos sitios, á hacer sabrosa la sombra con que los seculares robles nos brindarán. Pero veo que se ponen muchos en movimiento, que todos se descubren, que los labios devotos rezan. Es que sale de la ermita la procesión de rogativa, la que he visto venir antes, al amanecer, tan silenciosa y recogida. La

campana de la ermita suena de nuevo; se oye otra vez la letanía de los santos; callan las risas; el *chistu* enmudece; hasta los niños se vuelven formales en aquel momento y rezan. Los primeros rayos del sol, abriéndose paso trabajosamente por entre las ramas, besan la cruz, la cruz que va en alto bendiciendo á todos, la cruz redentora, y brillan como diamantes sus extendidos brazos.

Después todo queda en cierto silencio relativo. Las mujeres que han instalado sus puestos para comidas, trajinan y se afanan preparando mil cosas necesarias para aderezarlas. Los *gurdis,* con sendos pellejos de vino á cuestas, van llegando lentos y rechinantes, y toman también sus posiciones. Un par de *mutilles* limpian y preparan el juego de bolos, que estará muy animado por la tarde. En la ermita hay ahora poca gente; algunas mujeres. La campana, sin embargo, no cesa en su tintineo. Un poco antes del medio día se celebra la misa mayor, la misa del barrio, á la que muchos fieles asisten, y cuando termina, vuelve á oirse el fandango, pero un fandango de más vuelos que el de las primeras horas, como que lo toca el tamboril del pueblo que ya dejó el blando lecho de los perezosos y se vino muy contento á la romería. ¡Qué bien suena! ¡Qué airoso que es su compás! De seguro que no hay entre los remeros uno solo que no le bendiga desde su corazón. Praisku, un viejo de buen humor, que tiene la pipa en la boca, y á quien las frecuentes libaciones de la mañana le han puesto más alegre que unas pascuas, saca á bailar á la rosquillera Konchesi, su amiga de niñez, y es de ver lo que gozan aquellos dos setentones en recordar, mientras mueven pausadamente los piés, los lejanos tiempos de sus mocedades, de sus amores tal vez. El público ríe á mandíbula batiente. Alguno que otro viejo contemporáneo de la gentil pareja, con los ojos enternecidos, dice á los que tiene á su lado que Konchesi parecia una reina cuando joven: tal era su hermosura y su empaque; y que Praisku enamoraba por lo alto y bien dispuesto á todas cuantas tenían la dicha de mirarle.

Ha sonado la hora del medio día; el sol cae á plomo sobre la hondonada, y nadie piensa en aquel momento más que en comer. Hay algunas mesas preparadas, no muy bien niveladas ni muy cómodas, para los que gusten pasar allí el día. Las gentes se instalan en sus rústicos asientos, y comienza la sabrosa faena. Otros, no tan bien avenidos con lo campestre, vuelven á sus casas á cobrar ánimos para venir de nuevo á la tarde. A los caseríos de las inmediaciones, de donde se

elevan perdiéndose en el aire caliente y diáfano azuladas columnas de humo, van llegando los convidados, á algunos de aquellos en buen número. Los hombres en mangas de camisa, muy compuestas y aseadas las mujeres, pónense á la mesa colocada en la ancha portalada con arcos ó á la sombra del nogal vecino, y conforme llegan los distintos platos, en los rostros de todos se va pintando con colores cada vez más pronunciados la satisfacción que suele ser tan natural en tales casos. Las conversaciones se animan; empiezan los cánticos; algunos *bersolaris* lucen sus facultades improvisadoras; y luego, después que se han levantado los manteles, se duerme la siesta á la sombra, si el cuerpo lo pide.

Y mientras esto sucede en el campo ¡qué movimiento, qué afanes en las calles de pueblo! Las gentes andan más de prisa que de ordinario; pregúntanse unos á otros la hora en que van á emprender la marcha; se ponen de acuerdo los jóvenes de uno y otro sexo para subir juntos; grandes cestas de provisiones se pasean por las tiendas del pueblo llevadas por limpias y airosas muchachas de servicio; y en el general contento, en la especie de fiebre que conforme van pasando las horas agita cada vez más á los vergareses, se mezclan jóvenes y viejos, el señor y el artesano, la linda y emperegilada muchacha del pueblo con la respetable señora. Para todos es la fiesta; todos son hermanos.

A las tres de la tarde el movimiento es ya general en la villa y caseríos hácia la lejana ermita. El pueblo va quedando vacío y silencioso, sin que se oiga en todo él más que ladridos de perros y cantos de pájaros y grillos balconeros. Las veredas de los montes se llenan de gente; quedan abandonados los caseríos; por la orilla de los maizales que la brisa de la tarde agita, junto á los trigales amarillos, andan, corren y saltan los mozos, retozan las alegres muchachas, llevando sueltas las hermosas trenzas. Es de ver cómo por todos lados van desembocando los remeros en el castañal de San Marcial, en el sombrío y fresco castañal de San Marcial, que rodea la piadosa ermita como amparándola; cómo se agrupan hombres, mujeres, niños, por familias, por grupos de amigos, y haciendo mesa de la verde yerba, se sientan en corro, preparan sus cachibaches y saborean las apetitosas viandas que con todo cuidado han colocado en un gran cesto las solícitas *echeko-andres*. Sale á plaza el vino, ese producto de la noble Nabarra que tanto alegra el corazón del hombre: todos los labios lo besan con cariño; aumenta el buen humor por momentos; sube de tono la alga-

zara; se canta, se bromea. Ved aquel simpático grupo que forma una sola familia compuesta de un matrimonio joven y varios niños de corta edad. El padre, que lleva pintada la bondad en su rostro, invita á su niña menor, un angelito de dos ó tres años, á rezar como de costumbre cuando toman algún alimento, y la oración brota cándida y pura de los sonrosados labios de aquella niña, mientras sus padres sonríen gozosos. En aquel otro corro que se ha cobijado á la sombra de un castaño tan viejo como grande, se dan carcajadas estrepitosas. En esto llega á él, llevando en la mano derecha un gran jarro de vino, el famoso José Ramón, á quien conoce todo el pueblo por el apodo de Galtzaundi; lanza un fuerte lekayo que brota espontáneo de su pecho inundado de bienestar, y á las repetidas invitaciones de los que meriendan, se sienta entre ellos y comienza con sus dicharachos y sus bromas. El recien venido es un viejo soldado, un soldado de la batalla de San Marcial, que, una vez que se siente y trague un poco más, les contará por centésima vez á sus amigos las peripecias de aquella gloriosa jornada, donde ganó una cruz que guarda como oro en paño. La gente del campo merienda también, pero algo separada de la del pueblo. Aquellos grupos de caseros son aún más pintorescos. Muchos mozos lucen boina encarnada; otros la llevan blanca. Cubren los viejos la encanecida cabeza con el venerable *chimista-kontrakoa* Hay allí muchachitos de tostado y cándido rostro vestidos con chaleco encarnado, blanco pantalón de hilo, y albarcas.

Pasó la hora de las meriendas; levantáronse los manteles y empieza de nuevo el baile. Los alguaciles, vestidos á la antigua española con golilla, calzón corto y capita, empuñan sus bastones, y sin grande esfuerzo, porque el pueblo basco es siempre sumiso a la autoridad, despejan la explanada, que rebosa de gente. Suena un nutrido y largo redoble que pone en conmoción á todos, y entre la curiosidad del público que aplaude, sale al redondel una fila de jóvenes de aristocráticas familias vergaresas, á los que se han unido algunos amigos venidos de otros pueblos de la provincia con objeto de asistir á la romería. El que marcha primero y va á bailar por consiguiente el *aurresku,* es un señor respetable, pero campechano y de buen humor, á quien todo el público saluda con una sonrisa de cariño. Pasa de los sesenta, pero aún mueve con alguna facilidad los piés, que hacen sus *trenzados* con mucha monería. El porte de aquel caballero, que lleva patillas grises, es distinguidísimo. Terminado el alarde, el tamboril cambia de mú-

sica y toca ese *contrapás* tan sentimental, que no parece sino que el divino Mozart lo compuso. Dos jóvenes de la comitiva se destacan de sus compañeros, y con mucho comedimiento se acercan á un grupo de gente elegante é invitan á salir al redondel á una de aquellas señoritas, una joven blanca y rubia como los ángeles, la cual atraviesa la plaza con cierto pequeño rubor en el semblante, colocándose con sus dos acompañantes delante del que baila. Entonces los piés del simpático señor de las patillas adquieren mayor agilidad; hacen juegos primorosos que recuerdan los que hacían á los veinte años; el pueblo aplaude con calor, y la joven de la cabellera rubia y semblante ruboroso entra á formar parte de la lucida fila. El *atzesku* lo baila uno de aquellos mozalbetes con mucha desenvoltura y gracia, y como al señor mayor, los mismos dos jóvenes de antes le colocan á su pareja, que no es menos linda ni merece menos que la primera las miradas y la simpatía de los espectadores. Viene luego el baile del *zortziko* y por último el *desafío,* en el que viejo y joven *echan el resto.* Luego las parejas, del brazo, se dirigen á las mesas de las poncheras y refrescan con sendos vasos de agua con azucarillo. Inmediatamente se suceden otros varios *zortzikos* que baila con menos ceremonia, pero también con muy buenos modales, la gente del pueblo. Estos acaban siempre con fandango y con *ariñ-ariñ* Crece el movimiento; aumenta por momentos el bullicio; el tamboril apenas descansa, y se levanta allí un polvillo que enronquece algo las gargantas; pero no importa. En medio del bullicio y del desorden no se oye ni una disputa, ni siquiera una expresión fea; diviértese el pueblo como quien es, pacífica y dignamente. Allí, junto al tamboril, está la autoridad representada por el señor Alcalde, quien no por serlo deja de bromearse con unos y con otros. Los caballeros y señoras principales de la villa son objeto de todo género de atenciones por parte de la gente del pueblo, y aquellos á su vez les corresponden hablándoles muchas veces con bondad.

El tamboril está tocando ya los últimos fandangos; la animación ha llegado á su colmo; crece la polvareda que levantan los bailarines; las rosquilleras apenas tienen ya qué vender, y los *gurdi-ondos* se encuentran muy animados con tanta gente como acude á echar el último trago. Cuando ya comienza á oscurecer, el señor Alcalde manda al tamboril que se ponga en movimiento, y este obedece tocando un pasacalle. La muchedumbre se mueve también, y retozando, riendo,

satisfecha de haberse divertido tanto, toma el camino de la villa. Ya el sol no brilla; se ha ocultado hace un momento detrás de la montaña de Inchorta y va dejando tristes y oscuros los valles que antes alegró con sus rayos. Por el occidente se ven nubes hermosísimas de color de púrpura que poco á poco va palideciendo. Ya los pájaros no cantan apenas; las flores inclinan su frente á la noche que se acerca; hasta la naturaleza parece que se pone triste porque se acaba el día de San Marcial. Van sonando cada vez más lejanos y más débiles los *lekayos* que lanza la gente campesina en las alturas; siguen oyéndose en la montaña las airosas notas del pasacalle. La alegría parece desbordarse en los corazones. Pero ¡ay!, que no todo suele ser dicha muchas veces, aunque lo parezca. Allí, entre los alegres romeros, va algo separada de sus amigas, casi sola, Maricho, la del molino de Recalde, Tiene los ojos llorosos, aunque se esfuerza por retener las lágrimas que si corrieran con libertad, inundarían como torrentes su bello rostro de diez y seis años. ¿No tiene el amor sus penas?.... Pues ahí teneis la explicación de por qué llora Maricho! ¡Si vierais el fondo de su alma!...

Al anochecer todo aquel gentío desemboca en una praderita que se extiende junto á la parroquia de Santa Marina, de la cual hemos visto salir por la mañana aquella procesión de rogativa. Ya el crepúsculo se acentúa y brilla con encendidos reflejos en los luceros del pueblo y en los ventanales de la iglesia. Se baila allí entre los árboles el último fandango con el *ariñ ariñ* final, y cuando la animación y la locura han llegado á su colmo, suenan pausadamente las campanas del Angelus, y todo queda en silencio mientras la multitud reza.

En aquel momento me desperté. Miré á todas partes creyendo recordar que poco antes había sentido en aquel lugar el sonido de una campanita. Efectivamente, allí estaba en su espadaña sobre el tejado de la ermita. La distinguía dirigiendo con cuidado la vista por entre las hojas. Todo había sido un sueño, un sueño hermosísimo del que no me olvidaré en la vida. Aún veía yo con la imaginación aquellos animados bailes, aquellos típicos trajes, los *chimista-kontrakoas,* ya desaparecidos, aquel bullir de las gentes, la unión aquella tan envidiable de altos con bajos. Pero todo fué un sueño, desgraciadamente.

Me levanté absorto en estos pensamientos, y maquinalmente avance hasta la ermita. Entré en su pórtico, donde resonaron con cierto ruido extraño mis pasos sobre el pavimento, y puesto de rodillas jun-

to á la puerta, mirando al sencillo altar, recé con un fervor que pocas veces había sentido por vivos y difuntos, recé por Euskeria. Luego seguí mi paseo; pero aquella tarde no me detuve en Idurio, ni canté alegremente como otras veces que por aquellos parajes discurría.

Cuando por la noche dábamos fin á la cena, durante la cual no había yo hablado apenas, me decía Franchiska Iñasi con un acento que revelada el cariño y el interés más grande: *Ugasaba jauna, tristecho dago gaur* (señor amo, hoy está usted algo triste) . . .

VICENTE DE MONZÓN Y LARDIZÁBAL.

LA PATRIA

(SONETO)

La patria es nuestro hogar, nuestros amores,
nacimos bajo el manto de su cielo,
y tumba nos ofrece en ese suelo
que Abril fecundo salpicó de flores.

La brisa dulce nos legó rumores
que arrullos fueron de infantil anhelo
y allí una madre nos prestó consuelo
en horas de ansiedad y de temores.

Siempre su imagen nos será querida,
que en ingrato y malvado se convierte
quien á su patria desdeñoso olvida.

Ella nos protegió con brazo fuerte
y pues es madre que nos dió la vida
justo es por ella recibir la muerte.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.